

donde Condillac, golpeando un día la frente á Cabanis, mozo entonces, exclamó: «¡Aquí dentro hay algo!»; en ella donde la encantadora viuda dijo al general Bonaparte, después Napoleón I, una frase maravillosamente profética: «General», decía enseñándole su jardín; «aprenda usted á ser feliz con poca tierra».

Al lado de éstos, ¡qué de círculos, de cafés, de clubs, de librerías rebosando gente apasionada por la política y por el arte! Mientras en España todo el trasiego literario estaba reducido á la celda de Estala, á las Covachuelas, á la botillería de Canosa, —en París abundan los más heterogéneos conciliábulos. Célebres son el café Procopio, y el de Foy, y *le Caveau*. Solo en el Palais-Royal había ocho. El Palais-Royal es una institución de la Francia revolucionaria; de allí partió la Revolución; allí pronunció Camilo Desmoulins sus primeros discursos... «A menudo, durante la noche, artistas de la Opera y aficionados daban conciertos por amor al arte y por el deseo platónico de ser aplaudidos. Tocaban flautas y guitarras, y algunos acompañaban cantando. Las veladas en el jardín eran famosas. A la salida de la Opera se dispersaba la gente por las

alamedas; unos conversaban entre los árboles; otros tomaban helados en las mesas del café de Foy ó en el *Caveau*, hasta la una de la madrugada en que se cerraba el jardín» (1).

«París, con sus teatros, sus paseos, sus jardines públicos, sus restaurants, sus cafés, comienza á ser visitado del mundo entero». Sus más famosos huéspedes en el siglo XVIII, son: Pedro el Grande, el emperador José II, el futuro emperador de Rusia Pablo I, el rey de Suecia Gustavo III, el futuro rey de Polonia Estanislao Poniatowski. París es «la grande hostellerie»; el abate Galiani le llama «el café de Europa» (2).

IV

Entre todos los filósofos del siglo XVIII, ninguno tan original y tan simpático como Julián Offray de La Mettrie. Pocos de tan notables partes de entendimiento y de doctrina, y pocos que hayan pasado por trances tan azarosos y sensibles. Toda la

(1) Saint-Marc et le Marquis de Boubonne, *Les Chroniques du Palais-Royal*, París (sin a.)

(2) Alfred Rambaud, *Histoire de la civilisation française*, t. II, pág. 579. París, 1887.

mogigatería militante abomina de La Mettrie; toda la «honrada burguesía» le vilipendia. Y truenan contra él los diccionarios «antifilosóficos» y el famoso *Journal Chrétien*, el manoseado Nonote y el inevitable Trublet, deístas y clericales, católicos y renegados... «Ha dejado», escribía Voltaire, «un recuerdo execrable á cuantos se ufanan de costumbres honestas» (1).

Y todo, ¿por qué? Porque era un hombre sincero. Un hombre sincero que tiene el valor de llevar sus doctrinas hasta sus más lejanas conclusiones; que precede á todos los enciclopedistas y los inspira á todos; que es, en fin, «casi el sólo materialista auténtico de esta época» (2).

Su rehabilitación data de poco. Se debe á Lange, en su conocida *Historia del materialismo* (1866). Después, Assezat, Nerée de Quepat, Du Bois-Reymont... publican excelentes trabajos; y más tarde, Jules Soury da á la estampa el hermoso estudio citado, y Picavet, un opúsculo de rigurosa

(1) Carta al Duque de Richelieu, Berlín, 29 Enero 1752.

(2) Jules Soury, *L'histoire du materialisme*, en la *Revue philosophique*, tomo II, 1876.

crítica, adusta, sí, pero sincera (1). Tanto como sus contemporáneos le denigraron, se le elogia en estos días. «No hay más que una voz en Francia y en Alemania para hablar de La Mettrie, y es voz de estimación, es voz de interés, es voz de simpatía la que domina en los juicios más autorizados» de sus críticos (2).

Cierto, no participa Picavet de este entusiasmo. Pero aun accediendo á sus estrechas restricciones, siempre quedará de La Mettrie lo bastante para que su nombre figure con gloria en la evolución de la ciencia. El mismo Picavet lo declara: «Lo que pertenece, á mi juicio, á La Mettrie, aunque tengamos que recordar á Boerhave y á Descartes, es el estudio de las relaciones entre lo moral y lo físico...» Pues con eso basta.

¿Su vida? Su vida es una paradoja: ingenuidad y sátira, procacidad y ternura, la alegría confesada y el dolor escondido... De La Mettrie pudiera decirse con frase cervantina, que fué tan extremado por sus obras cuan desdichado por su suerte.

(1) *La Mettrie et la critique allemande*, Paris, 1889.

(2) Soury.

Mozo aún, recién salido de las aulas de medicina, sus amigos le logran un empleo en París, el de médico de la Guardia francesa. Pero desátase en diatribas contra los médicos, publica su *Historia natural del alma...* y sale escapado de París. Va á Holanda; y en Leyden vive precariamente una larga temporada, privado de lo más indispensable al sustento y arreo de la persona por enojo de parientes y deslealtad de amigos. Y de Leyden sale también perseguido por nuevos libros ateos y nuevas sátiras contra los galenos protestantes...

Federico de Prusia encarga á Maupertuis, amigo y paisano del libelista, que le haga venir á su corte. La Mettrie obedece y va á Alemania... contrito, arrepentido, dispuesto á seguir como sumiso penitente los consejos de su amigo. Pero...

Pero—habla Maupertuis—«poco tiempo después tuve la pena de ver aumentar de día en día el desenfreno de su pluma» (1).

Se le recrimina, se le aconseja, se le recomienda prudencia... «Si no puede usted

(1) *Oeuvres*, tomo III, pág. 343. Lyon, 1768.

contenerse», le dice Maupertuis, «no escriba usted nada original. ¡Traduzca usted!» Y efectivamente, La Mettrie traduce á Séneca... ¡y pone al frente de la traducción un trabajo «tan detestable como excelente era la obra traducida»!

Vuelta á indignarse Maupertuis, y vuelta á reconvenir al amigo extraviado. Y como La Mettrie tiene buen corazón, como es sincero y *bon enfant*, La Mettrie asiente á todo, se arrepiente de todo, promete con toda el alma no escribir una línea más en su vida... «et recommença»!

Federico le nombra lector de Cámara. La Mettrie vive en palacio como en su propia casa. Trata al rey como á un viejo compañero de bohemia.

«No sólo entraba en las habitaciones del rey cuando quería», dice Thiebault; «sino que hacía lo que le daba la gana. Se tiraba y se acostaba en los divanes; se quitaba el cuello si hacía calor; se desabrochaba; tiraba al suelo la peluca» (1).

«Este La Mettrie», escribe Voltaire, «es un hombre sin aprensión que habla fami-

(1) *Mes souvenirs de vingt ans de séjour á Berlin*, tomo V, pág. 405. Paris, 1805.

liarmente con el rey después de la lectura» (1).

Su desdén y su burla por todo lo temporal y lo eterno, no tiene límites. «Valiente ateo, gastrónomo famoso, enemigo de los médicos, joven, vigoroso, brillante, rebosando salud» (2); ni repara en prejuicios sociales ni le arredran las *conveniencias*... Se le veía á veces quitarse de repente la peluca y arrojarla á tierra; otras, se desnudaba por completo y se ponía en tal guisa delante de un gran concurso. «Me dáis lástima», decía hablando de los tiranos, «pero más lástima me daría una nación donde no hubiera un hombre bastante virtuoso para librarla de vosotros» (3).

«Yo soy un hombre muy particular», escribe el propio La Mettrie en su prólogo á Séneca; «me he reído tanto de la ignorancia y de las imbecilidades de mis adversarios, que no extraño que no me puedan ver. La pena, el infortunio, las contrariedades

(1) Carta á Mme. Denis, Berlín, 2 septiembre 1751.

(2) Voltaire, carta al Conde D'Argental, Potsdam, 13 noviembre 1751.

(3) *Dictionnaire anti-philosophique*, tomo II, página 3. Avignon, 1769.

des de la vida me son indiferentes. Todos gritan, todos declaman... Yo me río».

A M. Haller, el timorato y espetado fisiólogo, le dedica, por broma, uno de sus más estupendos libros. Haller había realizado unos importantes descubrimientos sobre la irritabilidad de la materia, y La Mettrie se basa en ellos y funda un sistema de materialismo que dedica al indicado fisiólogo. Pero el indicado fisiólogo que «desde su infancia veneraba la religión», considera la cosa como un insulto grave. ¡Qué horror! ¡Se le creería en toda Europa un fomentador del materialismo! ¡Él, «tan amante de los preceptos del Evangelio»! Y se encara con La Mettrie, y La Mettrie replica en su estilo acostumbrado (1). Y se queja á Maupertuis, y Maupertuis contesta muy tranquilo: «Da usted pruebas de no conocer á La Mettrie al suponer que en lo que contra usted ha escrito, ha puesto el encono que usted cree. A los que no le han conocido personalmente parecerá esto una paradoja... Ha muerto; si viviera, él mismo le daría á usted todo género de explicacio-

(1) Condorcet, *Oeuvres completes*, tomo I, página 393. París, 1804.

nes con la misma facilidad con que ha publicado su sátira».

... Murió, sí, en la corte prusiana, á los cuarenta y tres años, en 1751. «No salgo de mi estupefacción», escribe Voltaire. «Nuestro médico ha muerto en la flor de su edad, brillante, fresco, vivo, respirando salud y alegría, ufanándose de enterrar á todos los enfermos y á todos los médicos» (1).

El gran satírico cuenta los detalles de la desgracia.. Un día el Conde Tirconel se siente enfermo; llaman á La Mettrie. El médico está charlando con el rey, y al rey le cuesta trabajo separarse de su sincero amigo... Llega, por fin, La Mettrie á casa del enfermo; la familia está á punto de sentarse á la mesa. La Mettrie se sienta también, y come, y bebe, y habla, y ríe más que todos los convidados. «Cuando tiene comida hasta el galillo, sacan un gran pastel de águila disfrazada de faisán, que habían mandado del Norte; repleto de pésimo tocino, de trozos de cerdo, de gengibre». La Mettrie se come todo el pas-

(1) Carta á Mme. Denis, Potsdam, 14 noviembre 1751.

tel. Al día siguiente muere de indigestión.

De indigestión, dice Voltaire, pero no cuenta las causas *definitivas* de la muerte. Enfermo La Mettrie á consecuencia de la tremenda agape, un médico le prescribe el emético. «No», dice el enfermo; «quiero tratar la indigestión con la sangría, y desmentir todas las doctrinas de los médicos de Alemania». Y se sangró ocho veces... y murió (1).

Murió aquel hombre sin par, infamado en su tiempo, exaltado á la gloria por la crítica del presente.

«Era el más loco de los hombres, pero era también el más ingenuo», escribe Voltaire desde la corte de Federico. «Este hombre tan alegre que de todo se ríe», añade, «llora algunas veces como un niño, á solas conmigo, porque no quiere estar aquí.»

«Ha escrito contra todo el mundo», dice Maupertuis, «y hubiera hecho favores á sus más crueles enemigos.»

«No se conoce de La Mettrie ni una sola mala acción», escribe Lange. «Ni arrojó sus hijos al hospicio, como Rousseau; ni burló

(1) *Dict. ant.*, citado.

dos prometidas, como Swift; ni fué simoníaco, como Bacon; ni falsificador de documentos, como Voltaire»...

*
* *

Filosofía y sátira... esa es la obra de La Mettrie. Filósofo, canta la materia; satírico, pone en picota á los médicos.

Los médicos son la pesadilla de La Mettrie. Escribe contra ellos en París, en Leyden, en Berlín; publica libelos, sátiras, gruesos volúmenes; los desacredita en las conversaciones particulares; muere por querer contradecirles hasta el último momento...

La tema contra los médicos es general en los siglos xvii y xviii. Hablar mal de ellos es recurso ordinario de comedias de figurón y novelas picarescas. ¿Quién no recuerda lo mucho y bueno que Espinel dice en su *Escudero Marcos*? ¿Y las graciosas caricaturas de D. Antonio de Zamora en *El hechizado por fuerza*? ¿Y las sátiras de Torres Villarroel? Raro es el libro de entretenimiento, y aun de grave doctrina, en que no se encuentre puntada á los galenos.

«El que se curare las manos», dice el des-

aliñado Martín Arredondo hablando de ellos en sus *Obras de albeyteria* (pág. 193, Madrid, 1723); «el que se curare las manos, y cortare las uñas, y trajere los dedos llenos de anillos, guantes muy olorosos, la capa limpia y sin pelillos, y de esto tuviere mucho cuidado, bien los puedes señalar por hombres de poco ingenio, y para ninguna cosa son buenos». «No hay ninguno de estos», añade (pág. 354), «que ya que su ciencia no alcanza poder suponer en las juntas, en saliendo de ellas, procuran parecer doctos, ya con la mujer que asiste, ya el criado que sirve, el amigo que os visita, dándoles á entender que él solo con su acierto ha enmendado, si es que pudo haber algún yerro del médico ó cirujano que le asistían; quiere señalarse con el mucho hablar en los estrados, sin reparar... que es segunda enfermedad el artífice parlero en los estrados y plazas...»

Pues bien; á este sentimiento universal, aguzado en el autor por su temperamento, por sus prendas personalísimas, responden las críticas de La Mettrie.

No estudiéis nada—dice en su *Maquiavelo en Medicina*;—no estudiéis nada; ni anatomía, ni física, ni botánica, ni química;

nada. Vivid como los abogados, «de las tonterías ajenas». Hablad bien, id gentilmente puestos, razonad metódicamente, por silogismos geométricos (*primeramente, en segundo lugar, etc.*); dad vuestra opinión sobre el Gobierno, sobre el estreno de anoche, sobre el artículo de esta mañana; «repetíos cien veces antes que enmudecer»... ¡Seréis grandes doctores! No hagáis caso de los que piden médicos correctos, dignos, que curen sin hablar. ¡Bobadas! «En ningún país del mundo encontraréis un barbero que quiera afeitarnos á ese precio...»

A las mujeres, tratadlas con solicitud y condescendencia; si presumen de entender de medicina, asentid á lo que digan. «Es verdad que no tendréis sentido común, pero habréis ganado su voluntad, que vale más». Con los eclesiásticos, mucho cuidado. Cuidadlos mucho; desvivíos por atenderles en sus males. «Cierto, no os pagarán. Pero en cambio seréis sus salvadores... después de Dios.»

Y la sátira continúa, riente, retozona, maligna. La Mettrie examina las recetas, las consultas, las juntas, los gestos, el modo de hablar... todo, todo, y no hay página en que su pluma sacudida no ponga una ob-

servación original, una frase de ingenio, una paradoja.

Ese es el satírico. ¿Y el filósofo?

La Mettrie escribía con una facilidad extraordinaria. Era libelista. Y sí, como ha dicho un escritor contemporáneo, lo malo en los ateos es que son muy simpáticos, lo malo en los libelistas es que tienen una amenidad y un encanto irresistibles en su pluma.—La Mettrie fabrica libros como jugando. «Hacia los libros», dice Maupertuis, «sin fin ninguno, sin preocuparse de nada, sin saber muchas veces lo que hacía. Los ha escrito sobre las materias más difíciles sin preparación y sin reflexión ninguna».—Escribe de todo; tiene libros sobre las enfermedades venéreas, sobre la viruela, sobre el asma; el *Arte de gozar* y la *Historia natural del alma*, el *Sistema de Epicuro* y *El Hombre-máquina*, *La Venus metafísica* y el *Tratado de materia médica*...

Su filosofía es sencilla: *no hay espíritu*. El pensamiento es un producto como otro cualquiera del organismo, un humor, una secreción. El alma es una quimera. El hombre es una máquina; los resortes: los elementos, todo lo que nos rodea. Somos, no lo que queremos, lo que quieren las circunstancias

que seamos.—¿Qué más se puede pedir para que el determinismo esté fundado sistemática, científicamente? ¿No es esto la psicología-fisiológica alboreante? «En sus escritos», dice Soury, «el crimen se excusa como producto de una enfermedad.» Para el autor de *El hombre máquina*, no hay «crímenes», hay errores, errores ocasionados por una enfermedad, por un desarreglo del organismo... Por eso pide que se ponga el médico en lugar del juez ó del teólogo; por eso censura duramente el rigor de la legislación penal; por eso, en fin, no incita al vicio como falsamente se ha creído, sino que disculpa el delito y justifica al delincuente...

Y bien, ¿no es mérito todo esto para que La Mettrie figure gloriosamente en las páginas de un libro de sociología? ¿No es un gran pensador quien tales cosas ha proclamado en contra de una generación de fariseos?

V

...Pero el determinismo de La Mettrie, como el de sus ilustres colegas, era lo que pudiéramos llamar determinismo de gabi-

nete, determinismo de «cátedra». El determinismo práctico, real, tangible, digámoslo así, nace de la gran batalla que sobre la generación libran en los siglos XVII y XVIII fisiologistas y teólogos.

La discusión es curiosa; interesante el proceso de este litigio. Porque arranca de él todo el sistema de la herencia psicológica, base del determinismo.

La diversidad de pareceres es grande en los autores. Maupertuis lo nota en su *Venus física*, y nota también que no puede menos de ser así, dado que todas las teorías se asientan en hechos poco fáciles de comprobar, en hechos sobre cuya veracidad hay que atenerse á lo que dicen las mujeres... «toujours peu sinceres sur cet article».

Los antiguos—y con ellos Descartes—creen que el feto resulta de la mezcla de los dos licores, el del macho y el de la hembra. (Los lectores dispensarán al autor que exponga libremente estas doctrinas... que no tienen nada de eróticas). Aparece después el sistema de las «semillas», en las cuales según sus partidarios, los partidarios del sistema, está contenido el feto... Pero los experimentos se multiplican, la observación se ciñe más al hecho... y cambian

las opiniones. Hartseker examina el primero al microscopio el licor del macho y descubre una infinidad de animalillos; Leuwenhæk, «aunque casto y religioso», dice Maupertuis, repite las experiencias y sus observaciones causan sensación en el mundo científico. «Los periódicos de Francia, de Inglaterra, de Alemania», dice Bayle, que también habla de estas cosas, ¿y cómo no, si sus *Noticias* son una monumental revista, mes por mes, de todo lo humano y lo divino?; «los periódicos de Francia, de Inglaterra, de Alemania, han hablado (*de Leuwenhæk*) tan á menudo, que han hecho su nombre célebre en todo el universo».

La nueva teoría esta fundada, la teoría de los «animales espermáticos», la teoría que ve en estos minúsculos seres, ¡en uno solo de ellos! el futuro feto, el hombre ó la mujer de años andando.

Pasan años... El monarca de Inglaterra cede al famoso Harvey el real parque zoológico para que haga experiencias, y Harvey, animado de ardiente celo científico, hace «una sabia matanza»... Al mismo tiempo, otros distinguidos naturalistas estudian escrupulosamente las cópulas de toda clase de bichos; de los insectos, de las

ranas, de los ciervos, de los peces, de las abejas, respecto de cuya reina—habla Maupertuis—«un ilustre observador se ha convencido por sí mismo de sus prostituciones»... Y después de tantas experiencias, y después de pasar por un sistema mixto de las semillas y de los consabidos animales espermáticos, se viene á parar, ó pára Harvey, en que la matriz y el cerebro funcionan análogamente, y en que «la una concibe el feto como el otro las ideas»...

Sea lo que fuere, y dejando aparte las debatidísimas cuestiones de los demonios incubos y de la generación sin ayuntamiento, (que el lector puede ver, si le place, en el *Nuevo aspecto de teología médico-moral*, del P. Rodríguez); es lo cierto que del litigio de la generación se pasa al de los monstruos, y que éste es el que más eficazmente ha hecho adelantar la psicología.

«De los casos morbosos, que son los de más fácil conocimiento», dice Guyau, en las primeras páginas de *El arte desde el punto de vista sociológico*, hablando de las investigaciones hipnóticas; «de los casos morbosos se pasará poco á poco á los fenómenos de influencia normal entre los diversos cerebros, y por consiguiente, entre las diver-

sas conciencias». Y así de esta discusión de los casos anormales de herencia, se ha pasado á las relaciones regulares.

En Maupertuis, en las *Memorias de la Academia de Ciencias de París* (años de 1724 á 1739), en la *Historia de la vida del hombre*, de nuestro Hervás, puede verse al detalle este debate. La polémica fundamental la entablan dos ilustraciones de la medicina de aquel tiempo: Winslow y Lemery.

¿De que provienen los monstruos?—se preguntaba.—«De accidentes acaecidos á las semillas», contesta Lemery; «de semillas originariamente monstruosas», contesta Winslow. «Es impío», dice Lemery, «creer que Dios puede crear originariamente seres monstruosos»; «es impío» contesta Winslow, «limitar la potencia creatriz de Dios á una cierta pauta». Al primero acompañan en sus ideas, el simpático Lewenhœk, Arena, Hervás; al segundo otros no menos simpáticos y apreciables observadores.

«Los principios elementales de los cuerpos son indestructibles é incapaces de corrupción ó alteración esenciales», escribe Hervás. En la semilla están todas las partes del individuo. Pero todas esas partes no

crecen igualmente, si «según el orden respectivo de su naturaleza». Y si alguna no crece ó crece fuera de la debida proporción, aparece el monstruo. No son sólo las causas físicas las determinadoras; las hay físicas y las hay psicológicas («la fantasía», dice Hervás). El ilustre abate al señalar las causas psicológicas, no hace sino sustentar la doctrina de tantos y tantos filósofos, Malebranche entre ellos, que también creía, en su *Recherche de la verité*, que las deformidades provienen de la impresión que los objetos exteriores hayan causado á la madre... Pero también confiesa Hervás, que «su obrar misterioso» es desconocido. Sí; desconocido; porque sólo las investigaciones posteriores, sólo la labor tenaz de fisiólogos y psicólogos, de La Mettrie primero, de Cabanis, de Darwin, de Ribot, en nuestros días, han podido paulatinamente ir discerniendo, á partir de las famosas experiencias de los generadores, lo que hay de cierto é innegable en el intrincado problema de la herencia; al igual que generaciones posteriores á la nuestra, desenmarañarán de las experiencias hipnóticas de hoy, como nota Guyau, las reglas fijas y constantes de los fenómenos *interconscientes*...